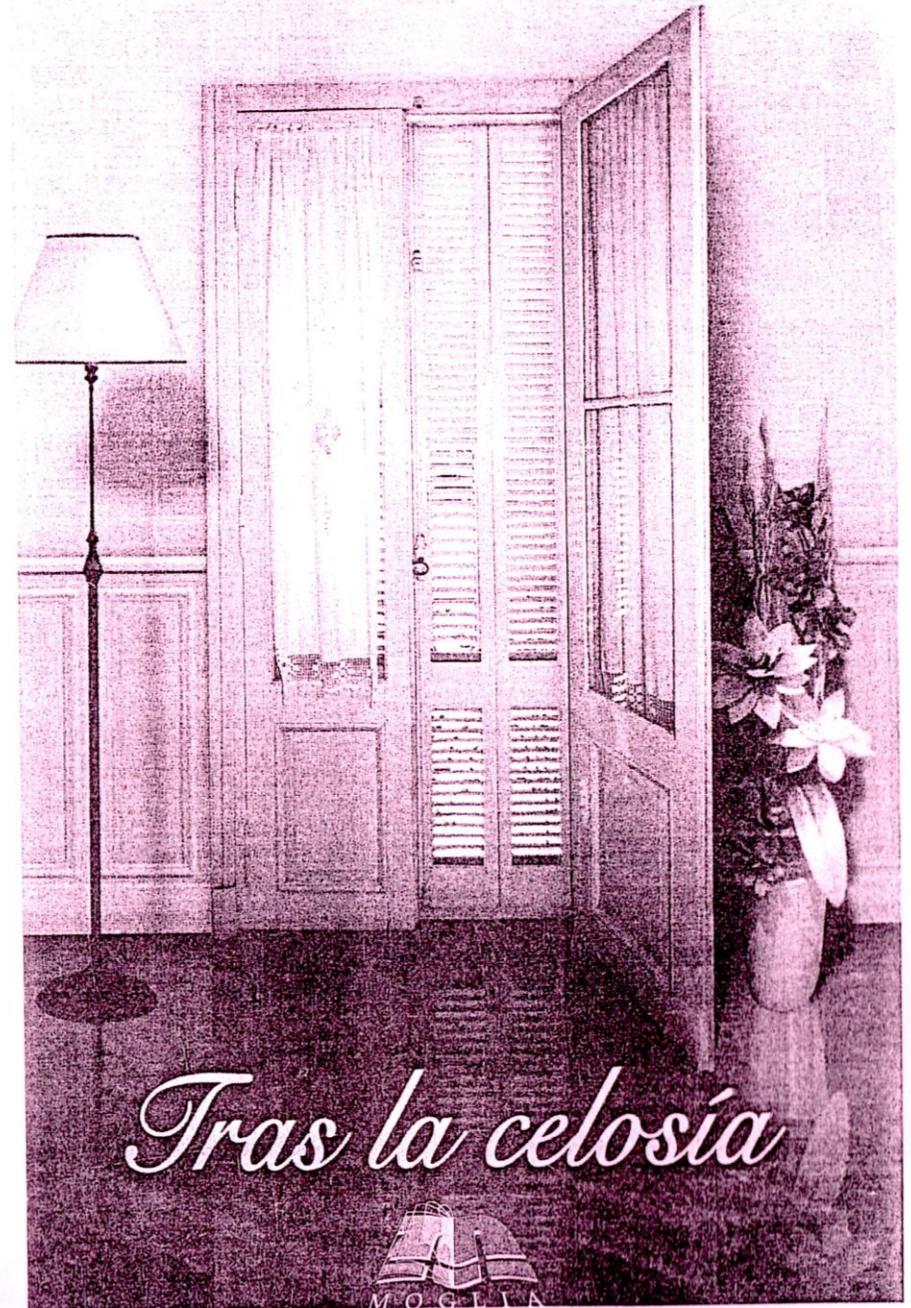
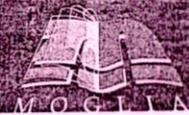


**Nilda Rosa Nicolini**



*Tras la celosía*



## Presentación

Cuento viene de contar. Del latín "computare". O sea 1, 2, 3... etc. Se contaba para dormir. Hasta que un día el cuento se apartó del número y encontró la palabra. Ocurrió entonces que contando, oral y anónimamente, el hombre comenzó a despertar. Y con el tiempo, el cuento se transformó en una expresión literaria autónoma.

Obviamente el cuento no es un poema. Ni una novela. Ni un ensayo. Ni una pieza teatral. Con esto sabemos lo que no es el cuento. Pero, qué es un cuento? Es difícil de definir. Muchos llamados cuentistas no escriben cuentos. Escriben cosas hermosas, interesantes, pero no cuentos. Lo asombroso del cuento es que es exactamente lo que es. Y uno se da cuenta de que lo es, sólo cuando lee un verdadero cuento. El cuento no es poesía porque a diferencia de ella requiere una acción para existir. Deberíamos por esto suponer que se asemeja al drama, pero no, porque no hace falta desarrollar la acción en el tiempo. Basta con la acción misma. Diríamos que el cuento es un hecho. Simple. Único. Aislado. El cuento es un gesto. Puede ser una mirada. Una sensación.

Nilda Rosa Nicolini escribe cuentos. Verdaderos cuentos. Y esto es realmente un elogio. Porque en verdad, no son muchos los verdaderos cuentistas...

Nicolini es tan ajustadamente cuentista que ha devorado el tiempo y el espacio. Los ha exterminado y sólo los rehace cuando es necesario. Es decir, ni tiempo ni espacio están fuera sino dentro de la palabra.

Nicolini se ha colocado detrás de una celosía de Curuzú Cuatiá, su lugar de origen, como si fuese la única celosía del universo. ("Tras la celosía" es el primer cuento de su segundo libro: "Con tinta y alma"). La temática de este cuento pudo haberse dado hace miles de años, en cualquier lugar. La autora la recrea y la crea, en su aquí y ahora, con la maestría del que sabe alejarse del donde y del cuando, porque conoce el camino del regreso a su sitio real y a su momento.

Por otra parte, sin apartarse de esa maestría y de esa perfecta concepción cuentística, narra en "No le mojen las alitas", un hecho que sólo puede darse en Corrientes. Aquí el espacio determina la acción. Pero el espacio apenas se nombra. El espacio simplemente es. Actúa. Y eso sólo es el cuento. Ese cuento.

Hemos mostrado dos posibilidades extremas: la del hecho como protagonista y la del espacio como protagonista. En otro de sus cuentos: "La obsesión", tenemos el tiempo como protagonista. Treinta años de la realidad de un hombre dedicados a un solo motivo para descubrir en un segundo, después de treinta años, que el causante de su obsesión hacía treinta años que estaba muerto.

Esa atemporalidad de la angustia, esa inmediatez de la desesperación humana, es paradójica en el tiempo y es infinita en la interioridad del ser. Nicolini lo sabe. Y lo dice. Sencillamente. Tal como las cosas ocurren. Tal como son.

Quien es capaz de transformar en belleza un hecho, un espacio y un tiempo y de expresarlos en su desnudez esencial, de nombrarles el hueso y el dolor, sin gestos secundarios, es, aquí y ahora y siempre y en cualquier lugar, un escritor. Y esto es también un elogio. Un elogio veraz y tremendo. Porque el escritor al fin de cuentas, es nada más y nada menos, que un ser sufriente.

Marta Molina

## Tras la celosía

Estoy aquí, atisbando como siempre. Erguido sobre el espaldar de la silla de ruedas e inclinado ligeramente hacia la celosía cerrada. En mi puesto de observador solitario, como un francotirador atento al blanco de su mira, veo pasar los seres y las cosas por entre los retazos de luz que deja la madera, rectangulares, paralelos e iguales, donde se clava la pupila alerta, avizora, en este juego de adentrarme en la vida de los otros, en este empeñarme en seguir viviendo con las piernas de los demás, con las fuerzas y los bríos de los que pasan frente a mi casa silenciosa sin adivinar en ella una atalaya.

He aprendido a registrar con la retina los elementos que conforman el marco archifamiliar y, sin embargo, cambiante y sorpresivo, abierto a las más imprevisibles variaciones, como aquel trozo musical al que reconocemos por la constante de la melodía pero al que infinidad de sonidos se han adicionado en una gama revolucionaria de matices. En primer lugar, el sol. Lo veo hacer dibujos en la calle, diseños parecidos a los de la mañana anterior, pero siempre diferentes por el movimiento de las hojas de los árboles que se vuelven caprichosos con el viento. Se va corriendo lentamente sobre la calzada, marcando las horas con precisión absoluta, desdeñoso de falibles mecanismos. Cuando al-

canza a lamer con pereza la vereda de enfrente, es mediodía. Llega entonces Onofre y me anuncia el almuerzo. Abandono con pesar mi puesto y luego, por unas horas, el sueño liviano de los viejos me mantiene entre dos mundos suspendido, debatiéndome entre la realidad de mi habitación oscurecida y la irrealidad de imágenes oníricas que invaden mi siesta pueblerina.

Desde el mirador observo también la lluvia; los charcos que se deforman salpicando, las pequeñas corrientes de los desagües arrastrando hojas y guijarros... La floración de las plantas del jardín de enfrente que me van señalando el paso de los estaciones y así como la mancha amarilla de la retama me enciende un resto de alegría, los brotes sangrientos de la "estrella federal" me anuncian otro inflexible invierno.

Apenas hablo ya. Me limito a buscar afuera, en esa vida palpitante de la calle, los vestigios de aquel que otrora fui.

Onofre no es la compañía ideal para un inválido. Está en la casa desde que yo recuerdo, pero se ha detenido en el tiempo. No envejeció en su exterior, se mantiene rudo, fuerte, primitivo, con la piel atezada casi negra, curtida por mil soles, vestido apenas, con aspecto de Robinson Crusoe.

Yo habito mi cuarto y el rincón de sala tras la celosía. En el resto de la casa deambula él, silencioso y oscuro como su sombra. Atiende a mis necesidades y acata mis órdenes, pero no hay en él la solicitud del servidor sumiso y fiel sino más bien la aceptación de ese rol paradójico que le toca jugar: el de criado y amo al mismo tiempo, poderoso e impotente a la vez, que depende de mí como yo de él, unidos al mismo carro por designios insondables.

Cuando éramos niños yo solía mortificarlo con refinadas crueldades propias de mi condición superior. Las sufría calladamente, sin implorar clemencia ni asumir venganza. Esa resistencia tozuda, inexpugnable, hizo que bien pronto abandonara mis maniobras y me buscara un más digno rival. A Onofre lo ignoré desde entonces.

La familia y la servidumbre fueron menguando, unos murieron, otros partieron y ya no regresaron. Sólo Onofre continuó a mi lado y soportó conmigo el azote de mi invalidez. No hay, sin embargo, entre ambos la más leve intimidad. Estamos juntos involuntariamente, por azar, por el solo hecho de haber sobrevivido a los demás. Con sus pantalones arremangados y sus pies descalzos, recorre la casa como poseyéndola con la mirada y un asomo de codicia da brillo a sus pupilas. Sabe que será suya a mi muerte y seguramente se imagina ya sin el estorbo de mi presencia parálitica.

Yo sigo observando lo único que me interesa; el espacio de calle que me pertenece, donde vuelvo a encontrarme con la infancia, con el amor adolescente, con la plenitud y el dinamismo de esa gente que pasa, a quien conozco casi como se conocen ellos mismos.

Hace unos días mi calidoscopio tiene una imagen nueva: es un hombre de boina colorada que mastica tabaco y lo escupe con rabia a los costados, apostado frente a mi casa, como esperando algo. Su aparición no es propia de mi panorama habitual ni me aporta la agradable sorpresa de lo novedoso: tiene algo de siniestro, a pesar de la boina colorada y el aire rural; y cuando mira sin verme, siento que su mirada está dirigida a mí aunque no me vea y hasta creo advertir una franca malignidad en ella. Tal vez sean imagi-

naciones más, tal vez abuso de mis facultades de espectador privilegiado que cree barruntarlo todo; pero no, estoy seguro de que la presencia inusitada de este hombre encaja en la atmósfera extraña que me envuelve últimamente. Por eso no me sorprendí al ver que Onofre parece conocerlo, pues se le acercó ayer y le habló rápidamente con autoridad.

La vaga inquietud es ahora un presagio agorero y tenebroso. Paso a paso veo cumplirse mis presentimientos: hoy ese hombre entró en mi casa. No lo vi pero me bastó adivinarlo cuando abandonó su apostadero y desapareció de mi campo visual. Oí luego sus voces, la de él y la de Onofre, en un murmullo de frases cortas, reveladoras de solapados planes, y dos palabras nítidas llegaron a mis oídos: "esta noche".

A la hora habitual Onofre ha querido empujar mi silla hasta mi cuarto, en el vespertino ritual, pero no lo dejé. - Iscariote se renueva- le dije, y sé que no me entendió.

Ahora espero la noche sin miedos, despidiéndome de mi universo reducido, de la tarde, esta última tarde que se va, y ya sin sorpresa veo llegar a mi refugio al hombre de la boina colorada y, por primera vez, atisbo la muerte tras la celosía.

## La guitarra

El muchachito moreno estaba como transfigurado; su semblante oscuro se había iluminado con esa luz resplandeciente que sólo proporciona la alegría de los grandes momentos: la maestra sonrió satisfecha, ganada ella también por la misma alegría. Y allá se fue él, demasiado emocionado para agradecer, apretado a su regalo como queriendo convencerse de que eso era realidad: la guitarra; La guitarra!!; cuánto la había deseado! Desde siempre, pero más aún desde aquel día en que, venciendo miedos y timidez, se volvió popular en la escuela cantando "Juan Payé". El Día de la Tradición fue glorioso para Julio Quiroz al que apodaban "Mono" sus compañeros, sin pensar cuan acertados estaban y cómo lastimaba al muchachito este mote inocente: su piel oscura, las enormes orejas salientes "en pantalla", los ojillos como bolitas relucientes y la boca grande eran los rasgos que le ganaron el apodo. Pero, a partir de ese 10 de noviembre, "El Mono" ya no era nombrado con ligereza, algo había cambiado, algo ponía un matiz de admiración en la voz de los chiquilines que le pedían en los recreos: -"Mono", cantá "La vestido celeste"! -"Mono", sabés ese chámame que se llama?... Y el correntinito feliz, dándose aires de importancia se hacía rogar hasta que cedía porque ya él mismo no podía contener sus deseos de cantar.

Todo había comenzado por una feliz circunstancia: en un cumpleaños celebrado en el aula en que cada uno debía mostrar sus habilidades, la maestra "descubrió" que Quiroz tenía buena voz, que Quiroz entonaba haciendo gala de un oído extraordinario, que Quiroz hasta tocaba la guitarra!... En los días que siguieron y guardando entre los dos el secreto, la maestra llevaba al negrito a su casa, le hacía escuchar discos y practicar con una guitarra prestada, un vasto repertorio de canciones del terruño. Le gustaba verlo afanarse con tesón, escuchar, imitar, gozar, por último de su triunfo, cuando sudoroso y feliz, terminaba el ensayo.

Así llegó el día en que su "debut" dejó boquiabiertos a los alumnos y maestros del turno mañana: ¿El Mono?; El "Mono" Quiroz, guitarrista y cantor! Si parecía mentira... Sin embargo allí estaba él, tomando muy en serio su papel, un poco tembloroso al principio, seguro y feliz cuando los aplausos vinieron a premiarlo.

Ese 10 de noviembre fue inolvidable para Julio Quiroz. Hasta entonces sus diez años de vida habían transcurrido sin alternativas en un ambiente de pobreza miserable: el rancho, el padre casi siempre alcoholizado, la madre enferma y agobiada, los nueve hermanos. Se había criado solo, como crecen los yuyos. A veces ayudaba al padre que era verdulero y con una canasta en cada mano ofrecía de casa en casa su mercancía. En la escuela se sentía feliz, más que nunca ahora que se había tornado popular; y como si ello fuera poco, su más cara ambición, una guitarra, le pertenecía desde ahora para siempre. Eso era lo increíble; era de él, su primera pertenencia. Después de recibirla y para que los otros no vieran su emoción, volvió solo a su casa escapando al grupo vocinglero que otras veces integraba. Se sentía distinto, importante; apretaba bajo sus dedos po-

sesivos la madera lustrosa, consciente de las miradas de admiración que le seguían desde los ranchos. Llegó a su vivienda - barro apisonado, latas, tristeza, hambre, desnudez - y ensayó para sus hermanos la sonrisa más blanca, más radiante, para anunciar: -Miren lo que traigo; es mía!

Algo en la mirada del padre lo detuvo, un brillo extraño que le hizo sentir en un relámpago que se avecinaba una catástrofe.

-Ajá, ¿y de ande la sacaste?

Mientras el chico calculaba la conveniencia de decir la verdad sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad del rancho. Entonces la vio. Mejor dicho, la adivinó bajo los trapos que cubrían la cama y advirtió que respiraba con trabajo, los ojos cerrados, la cara terrosa.

-¿Qué tiene Machuca?

Antes de recibir respuesta ya sabía él que sería uno de sus ataques. Su madre era enferma, ya estaban habituados y lo aceptaban como aceptaban todas las otras miserias que vivían. Pero esta vez era distinto, algo se lo decía, un presentimiento odioso que le hacía pensar en un segundo, inexplicablemente, en palabras como muerte, dolor. Machuca, guitarra (por qué "guitarra", por qué?).

El padre estaba diciendo algo: "Si es cierto que es tuya podemos venderla, m'hijo; tu mama está grave, el Doctorcito dice que no debemos moverla; en el hospital nos hubieran dado los remedios, pero aquí..."

Julio sintió que algo le subía desde adentro, algo caliente, como fuego: lo abrasaba, le nublabo los ojos, lo impelía, se abrazó a la guitarra y salió a la luz mortecina de la tarde que se iba y corrió, corrió sin detenerse. Rebeldía, desespe-

ración, impotencia. ¡Infeliz muchachito! Cómo analizar sus sentimientos, cómo describir lo que sentía si lo único que él mismo distinguía confusamente dentro de sí mismo era un imperioso mandato de todo su ser: "Salvar la guitarra" y un ruego: "La guitarra no, la guitarra no".

Llegó a la alcantarilla cuando ya la noche caía. Tenía allí un refugio, su lugar secreto donde tantas veces se escondió de las palizas del padre o donde pasó feliz alguna rabona inocente. Esta vez le pareció un lugar desconocido, poco acogedor, distinto. Sintió frío y algo más, algo así como miedo. Sí, era miedo, pero sabía que no era la oscuridad la causa, era "miedo de lo que había hecho". El no estaba familiarizado con este sentimiento, generalmente no se arrepentía de sus fechorías o aventuras; esto era nuevo, era amargo, un sentimiento feo que no le daba paz. Una idea le rondaba en la cabeza pero se negaba a enfrentarla.

Comenzó a tirar piedritas al agua para distraerse pero la idea persistía hasta que se abrió paso en su cerebro y cobró voz y vida, susurrándole: "Machuca, Machuca, Machuca". Ahí estaba por fin, lúcido, instalado dentro de sí mismo el problema: La guitarra o Machuca, la guitarra o Machuca... El tren de la medianoche trepité por sobre su cabeza pareciendo acomodar su ritmo acompasado a las palabras que le torturaban. Medianoche ya. Hacía varias horas que se había escapado de su casa. El padre había mandado a uno de sus hermanos a buscarlo, pero él sabía que estaba seguro, no lo hallarían en su escondrijo. Recordó de nuevo a la madre, pálida, con sus negros mechones de pelo esparcidos sobre la almohada respirando agitadamente con aquel estertor desagradable; una vez había escuchado ese mismo ruido al abuelo agonizante. ¿Y si Machuca se moría como el abuelo?...

De pronto se puso a llorar. ¿Lloraba por la madre, lloraba de miedo o lloraba como se llora en la hora de los grandes renunciamientos? Era un llanto de auténtico dolor, de desprendimiento supremo, de sublime decisión: Un adiós desgarrador a lo que más deseaba, a su única posesión sobre la tierra. Ya no habría canciones, ya no habría aplausos para "El Mono", ya nunca más podría volver a tener una guitarra.

A veces el llanto de un niño es un llanto adulto, doloroso. Así lloró Julio Quiroz aquella noche. Julio Quiroz al que apodaban "Mono".

.....

En el almacén de don Joaquín, el Turco, que trafica con todo lo que le ofrecen, hay colgada una guitarra.

### El niño solo

La noche anterior durmió apenas. Estaba excitado, febrilmente excitado; se debatía en el lecho entre la urgencia de levantarse y el temor a las sombras, le parecía que no iba a amanecer nunca, que el día anhelado no despuntaría o peor aún, que sería como uno de tantos, y no el día de su cumpleaños, el día de la fiesta de su cumpleaños.

Repasó en la memoria los acontecimientos de la semana anterior. El deseo ferviente latiendo dentro de sí, la timidez que lo poseía y dominaba, la indisposición de la abuela que la recluyó en cama y con ello hizo más difícil aún el angustioso pedido:

-Abuela...

-No me toques. Alejo, tus manos están húmedas.

-Abuela...

-Que Lina me traiga la bandeja con la medicina y el té, ve a decírselo.

-Abuela...

-... y corre las cortinas, quiero descansar. ¿Qué haces con mi bastón? Por Dios, niño, fíjate donde pones los pies.

-Abuela...

-Anda, no seas torpe, ve.

Y ese día no se había animado. Pero sí al día siguiente. No en vano pasó sus ocho años de vida junto a la abuela Dolores, único pariente que conocía, y a la que a la vez amaba y temía, ya que a veces parecía centrarse en ella toda la ternura que él necesitaba y otras veces la sentía distante, dura, autoritaria y hasta irreal, ausente en su mundo de tonalidades neutras, de sonidos apagados, de suaves esencias ya desvanecidas.

Sabía que debía buscar el momento oportuno, la coyuntura feliz, el pretexto para el acercamiento íntimo; era importante no cometer errores ni incurrir en ninguna de las faltas que la abuela consideraba intolerables como enredarse con su bastón o presentar las rodillas sucias. Debería ser cuidadoso, no dejar nada al azar, usar las palabras justas, sin mayores rodeos que fatigaran a la anciana. Lo planeó tan bien que todo salió de maravilla; le llevó él mismo la copita de oporto que la abuela acostumbraba tomar cuando las primeras sombras y el airecillo frío de la hora vespertina la hacían estremecer; esperó a que ese ligero tinte sonrosado que él bien conocía coloreara las mejillas mustias y entonces ensayó la sonrisa más dulce y desplegó toda su persuasión.

Al principio ella se resistió; este niño, el último familiar que le quedaba, lo representaba todo para ella, sin embargo, se sentía consciente de que le estaba retaceando la infancia, a fuerza de someterlo a la rigidez impuesta por sus costumbres de octogenaria y por el temor de perderlo como a sus padres, ultimados trágicamente en un doloroso suceso. Alejo no tenía amigos, no salía nunca... ¿De dónde

había salido la idea de una fiesta de cumpleaños si jamás había asistido a ninguna?.

Alejo rogaba: -Abuela...

Y Dolores se sintió incapaz de empañar la pureza de esos ojos tristes. Pensó que Lina podría prepararlo todo, con la ayuda de la nueva mucama y que ella misma dirigiría hasta el mínimo detalle desde su incuestionable sitial. Pero... ¿Quiénes serían los invitados? Alejo no tenía condiscípulos ya que no iba a la escuela: Un preceptor, oscuro y convencional, le daba clases particulares...

-Invitaremos a Manuel - explicó el niño, con el tono con que se nombra a los personajes para quienes es superflua otra presentación. Manuel resultó ser el hijo del jardinero.

-También a "Petaca" y a "Orejas".

-¿Y éstos?- se escandalizó la abuela. Alejo explicó que eran los pequeños canillitas que conversaban con él diariamente a través de la reja del parque (lo que no dijo es que los admiraba secretamente porque fumaban y decían palabras fuertes, como si fueran hombres). A punto estaba la abuela de negarse a autorizar una fiesta de perspectivas tan singulares, cuando el niño añadió:

-Podrían venir también los niños de Márquez y los hijos del Dr. Venci, y ...

Ella sonrió, aprobando esta muestra de habilidad diplomática, ya que Venci era su abogado y los Márquez, los únicos vecinos con quienes, de tarde en tarde, se visitaba; él siguió enumerando, arguyendo y ganando palmo a palmo el triunfo.

La abuela había terminado por cejar, y esa misma tarde le dio a Lina las instrucciones necesarias. Se hicieron formalmente las invitaciones (salvo a Manuel, a "Orejas" y a "Petaca" de quienes personalmente se encargó Alejo alborozado) y se llevó a la cocinera una lista de masitas y de tortas, de "mousse" y de confites.

El gran día había llegado. Se levantó con premura y se vistió, trémulo, feliz. Cuando fue a saludar a la anciana, el beso y el regalo de la abuela que otros años fueron la única señal de un acontecimiento especial, eran ahora el preludio de otros goces, la certeza de futuros deleites. Se ajustó el flamante reloj pulsera a la muñeca con reverencia y desde ese momento comenzó para él la interminable carrera del tiempo.

-¿Cuántas horas faltan?- preguntaba a Lina, revoloteando a su alrededor, mientras seguía con fruición, uno a uno, los preparativos.

El único acontecimiento desagradable de la jornada fue el altercado que mantuvo la abuela con la nueva empleada, esa muchacha esquiva que desde que entró en la casa, parecía tratar a todos con agresividad.

Oyó en el dormitorio de la abuela las voces airadas en discusión, pero él no pensaba inmiscuirse en algo que no le concernía; en cambio, fue a su cuarto a preparar, para mostrar a sus invitados, el herbario que él mismo confeccionó con la curiosidad del solitario por la naturaleza.

Algo le contó Lina en el almuerzo, sobre el motivo de la infidencia: la anciana había echado de menos una plaqueta antigua, una de sus alhajas más queridas y valiosas, y suponía, por lógica, que la nueva empleada la había tomado.

Tras la reyerta tempestuosa, la joya había aparecido misteriosamente pero la doncella fue despedida sin contemplaciones.

-Mejor, no nos quería- dijo Alejo, y continuó elucubrando en su imaginación la fiesta memorable.

A la hora indicada todo estaba listo: Dolores aguardaba en la sala, recta la espalda en el sillón vienés, la garbosa cabeza blanca erguida en actitud presidencial. Alejo, emocionado, incómodo en su negro pantalón de terciopelo, el rostro tan blanco como el "jabot" de su camisa. Lina, maternal como siempre en su figura almidonada y amplia.

El carillón dio las seis campanadas que Alejo esperaba, y a partir de entonces los minutos parecieron arrastrarse con pesadez de agonía. El carillón dio el cuarto y luego la media hora con su indiferente, repetida música.

-No vienen- dijo la abuela, frunciendo el ceño. Y eso fue todo.

En el salón barroco nada ni nadie se movía; diríase que tres muñecos de cera completaban un cuadro de museo. Sólo los patéticos ojos de Alejo recorriéndolo todo, se posaban en las altas sillas vacías del comedor, que como centinelas rodeaban la mesa dispuesta para el té, o en los payasos de cartón que Lina colgara en las paredes, que parecían hacerle muecas burlonas. Volvían angustiosamente a la puerta cerrada y trataban de penetrarla mientras se repetía en su mente la frase de la abuela:

-No vienen... Pero, ¿por qué? "Orejas"... "Petaca"... Manuel ... los otros... ¿Por qué?

Presentía que era irremediable pero permaneció en el último peldaño de la escalera, empecinado, sin poder con-

vencerse, hasta que muy tarde ya, alta la noche, Lina lo llevó dormido hasta su cuarto, arrancándolo de su inútil y obstinada espera. El sueño, sin embargo, no había borrado el cruel desencanto de su rostro infantil.

.....  
Mientras ofrecían la última edición del día, "Orejas" comentaba a su inseparable amigo "Petaca":

-¡Yo no entiendo a estos ricos! Te invitan a una fiesta y después no te reciben. Que la abuela está muy enferma... ¡Bueno! Pero que la nueva mucama te despida desde la calle sin contemplaciones, ivamos! ¡Y dicen que los "canillitas" no tenemos modales! En fin... ¡Extra!....

## Jugando, jugando

Victoria me decía que soy floja. Se creía con derecho a decírmelo porque soy menor que ella. Para probarle lo contrario, consentí en pasar una serie de pruebas que me propuso. Pruebas de valentía, las llamaba; si las vencía, podría ser realmente su "hermana de sangre", tal como lo sellamos al estilo indio con ese rito tan impresionante de cortarse un dedo y ver como la sangre corre lentamente sobre la piel hasta mezclarse con la de la amiga, en un solo hilo grueso y brillante.

Empezamos con la prueba de la barra donde solemos hacer acrobacia cuando jugamos al circo. Victoria quiso que esta vez me colgara de las piernas con la cabeza hacia abajo y que aguantara hasta que dijera basta. Al principio fue fácil y divertido mirar las cosas al revés, pero luego empecé a ponerme rígida y el cuerpo me pesaba cada vez más y más. Victoria parecía haberse olvidado de mí; sin embargo, yo sentía su presencia y casi podía adivinar su sonrisita despectiva mientras observaba mi angustia. Las sienas me martillaban y todo mi cuerpo era una cuerda próxima a estallar. Semi inconsciente oí la voz de Victoria, condescendiendo:

-Está bien, has aguantado lo suficiente. Mañana tendremos otra prueba.

La segunda fue difícil, pero ya no podía echarme atrás. Mi amiga me llevó de la mano cuchicheándome al oído:

-No deben vernos. Se trata de salir y caminar por la cornisa. ¿O no te animas?.

En los pisos superiores, desde la ventana de la habitación de tío Esteban que no estaba, salí al parapeto tratando de no mirar hacia abajo y de concentrarme sólo en el muro gris, en esa pared de la que no debía separarme ni un milímetro y a la que iba prendida con los diez dedos de las manos, como una ciega. Victoria contaba: uno, dos, tres, con un gran regocijo en la voz. Debía hacer diez pasos y volver: veinte en total, pero la cornisa era angosta y había mucho viento, un viento que me distraía, me impedía concentrarme y hacía volar mi pollera, mientras los cabellos se me arremolinaban en los ojos.

Cumplí la prueba pero esa noche mamá me descubrió palpitaciones y notó mi excitación en el temblor de mis manos:

-Ana, mi reinita, ¿qué tienes? ¿Qué te pasa?

Negué todas sus presunciones y me retiré a mi cuarto, pero oí que le decía a papá:

-No me gusta su nueva amiga, Victoria Watson. Es muy precoz y tiene rasgos crueles. No me extrañaría que estuviera influenciando a Ana. Oí decir que su abuelo está desequilibrado y dos de sus tías se suicidaron.

Y también alcancé a oír el risueño comentario de papá:

-¡Qué familia! No te preocupes, ya se irán, cuando termine la temporada.

Pero ellos no sabían que al otro día me esperaba la tercera prueba. Victoria quería comprobar si yo era capaz de no gritar si me encerraba en una pieza de su casa donde me esperaban "sorpresas". Una fue un gato que me saltó desde un rincón sin que yo hubiera detectado su presencia. Fue un buen susto, sobre todo porque tengo aversión a los gatos (y Victoria lo sabe) pero logré dominarme y esperé otro impacto. Comenzaron a salir uno, dos, tres, eran seis en total, gigantescos, con el lomo abultado, listos para saltar, mirándome con sus duros ojos amarillos y amenazándome con sus gruñidos. Parecían hambrientos y desesperados por salir de un encierro prolongado. No sé cuánto tiempo estuve allí, clavándome las uñas en las palmas, inmóvil, sin provocarlos ni siquiera con la respiración. Cuando Victoria me abrió la puerta y observó mi rostro desencajado y mi ropas empapadas de frío sudor, me dijo:

-Estoy orgullosa de tí. Mañana será la última prueba.

Esa noche no dormí porque los gritos volvieron una y otra vez en mis pesadillas. Presentía que la última prueba sería la más difícil pero no podía retroceder porque me había propuesto vencer a pesar de todo y porque, además, Victoria dominaba mis actos sin que yo pudiera evitarlo. Sólo tenía trece años, dos más que yo, pero le temía más que a papá. ¿Cómo en tan poco tiempo había logrado tanto poder sobre mí?

Al día siguiente me esperaba puntualmente en la playa. Saludó a mis padres y me dijo en secreto: -Vamos a tu casa- sabiendo que en ella no había quedado nadie -allá será

la última prueba. Necesitamos reunir ramas y en el parque de tu casa abundan.

Me consumía la curiosidad, pero parte del juego era no demostrar demasiado interés y estar incondicionalmente dispuesta a cumplir cualquier imposición, sin condescendencias.

Cuando tuvimos suficientes ramas, Victoria me condujo al vacío garaje, me hizo sentar en una desvencijada silla que entre otros trastos viejos se amontonaban allí y propuso:

-Jugaremos a ser Juana de Arco. ¿Has oído hablar de ella? Fue una heroína francesa y tú la representarás.

-Cuál será tu papel?- le pregunté.

-Yo seré el verdugo, el que ejecutó su muerte -dijo dulcemente- y me ató a la silla. Cuando prendió fuego a las ramas, hacinadas a mis pies, agregé:

-La prueba consiste en aguantar el calor hasta que puedas. Juana de Arco lo hizo hasta el final, porque era valiente. No olvides eso- Y se sentó frente a mí tarareando una canción entre dientes.

Podría yo haber gritado, haber intentado quitarme las cuerdas, mover la silla, pero era inútil, la cancioncilla de Victoria me embujaba y sus ojos prendidos en los míos me quitaban todo deseo de esfuerzo. Las llamas comenzaron a elevarse y en ese momento creí realmente ser Juana de Arco inmolada en la hoguera y comencé a desvanecerme pensando que este calor que abrasaba mis piernas y el humo que comenzaba a asfixiarme eran el premio al valor que Victoria me había prometido.

Habría vencido totalmente la prueba si mi padre no irrumpía en el garaje dando fuertes gritos de alarma, mientras me arrastraba hacia afuera, amenazando a Victoria con las peores represalias.

Nunca más vi a Victoria Watson.

## Los pasos

Yo tenía nueve años por aquel entonces. Todo en la quinta poblaba mi niñez de sensaciones nuevas y distintas, estrenadas cada hora, cada día; seres reales o mágicos, rumores nunca oídos, historias inventadas o vividas, descritas con fruición por los sirvientes de mi tía, y sobre todo la libertad de correr a campo abierto maravillándome de mis propios movimientos, del aire, de la luz, de los gorjeos.

Mi madre me llevaba todos los veranos a "visitar a tía Renata". Para ella no había mayor diferencia entre la penumbra de nuestra casa de la ciudad en la que vivía sumida vestida siempre de oscuro, recorriendo silenciosa las habitaciones, mimando morbosos recuerdos y la reclusión que se empeñaba en mantener en la casona de campo, tan cercana del poblado y a la vez tan aislada, donde seguía prodigándome su ternura triste de mujer sola y abatida. Para mí era distinto: en la ciudad debía someterme al internado, mundo hostil para las exigencias de mis nueve años, ávidos de acontecimientos felices, de revelaciones maravillosas, de despreocupada alegría y aventuras. Estaba medio pupilo. Eso equivalía a vivir disciplinadamente, bajo la constante observación de mis maestros, reprimiendo deseos a veces imperiosos de correr o de gritar en esas horas in-

terminables de la siesta, en que debíamos hacer laboriosamente los deberes, bajo severa vigilancia.

En cambio... las horas de la siesta de verano en la casa de la quinta tenían un encanto inigualable. Terminado el almuerzo, mi madre y tía Renata tomaban el café en la galería mientras yo rondaba en derredor. Me conocía de memoria sus gestos, sus palabras: -Dos terrones- decía mamá mientras mi tía destapaba la azucarera. -Dos- repetía mi tía mientras introducía uno y otro en la taza de mamá; ella jamás azucaraba su café. Lo bebían lentamente, mirando las hortensias del jardín y una que otra mariposa perezosa entre las flores. Luego decía, invariablemente: -Marcos, a tu cuarto, "Bichito". Yo obedecía sin protestar, porque sabía que iba a reencontrarme allí con el misterio, que al penetrar en mi cuarto iba a la cita diaria con mi imaginación, porque esa era la hora en que infalible, religiosamente, oía los pasos.

En los veranos anteriores los oía pero no me inquietaban, formaban parte de los rumores de la casa, como el lardido de Mac, el chirrido monótono de las chicharras, el golpear de una puerta o la voz de Felisa, la cocinera, que todavía trajinaba en sus dominios y que a esa hora podía, por fin, dar rienda suelta a su vocación parlanchina porque su auditorio compuesto por el jardinero Tomás y la vieja Eusebia, la escuchaba atentamente con los carrillos llenos.

Además, en los veranos anteriores tenía un amigo y esa maravillosa circunstancia me impedía ocuparme de nada que no fuera la espera paciente a que las conversaciones cesaran (el cansado diálogo de mamá y tía Renata primero, el monólogo vehemente de Felisa después) y la escapada silenciosa a través de la ventana mediante un salto ágil y

una caída perfecta que me identificaban con mis héroes de historietas.

Remigio me esperaba junto al ceibo, a la vera del arroyo. Desde que divisaba su melena negra, ensortijada y rebelde, me crecían alas; llegaba a su encuentro jadeante, arrebatado, y le tendía una fruta o un confite sustraídos con disimulo de la mesa; era mi manera de saludarlo, de testimoniarme mi amistad dándole siempre algo como un símbolo, aunque sólo fuera a veces un terrón de azúcar. Lo llevaba a la boca sonriente y comenzaba luego a desmadejar anzuelos, a fabricar hondas o a inventar historias con habilidad increíble, sin parar, mientras yo trataba de imitarlo o lo escuchaba embelesado.

Solíamos tumbarnos boca arriba bajo las frondas, tratando de descubrir en ellas los minúsculos seres que las pueblan o atisbando nubes pasajeras entre los claros. A veces peleábamos; él se mofaba de mí desde que oyó una vez a mi madre llamándome "Bichito". A partir de ese día aprendió la forma de hacerme enojar pero yo, a mi vez, encontré la clave de mi venganza: lo bauticé "Rulito" y bastó para que sus bromas tomaran otro rumbo; lo importante era reír y reír, hacer cabriolas sobre el pasto o zambullirnos en las aguas tibias del arroyuelo. Cuando nos cansábamos de tentar a las ranas, de pescar mojarras, de trepar a los árboles o de improvisar fogatas jugando a los indios, me proponía "conversar"; él tenía mucha autoridad cifrada en los dos años que me llevaba de ventaja; me contaba con suficiencia que a veces trabajaba con el padre y eso lo ascendía a mis ojos un escalón más de superioridad: que trabajara me impresionaba pero que pudiera pronunciar libremente y cuantas veces quisiera la palabra padre y sobre todo que lo tuviera, despertaba en mí una mezcla de secreta envidia y

dolor de algo que no podía precisar. Porque yo no podía nombrar a mi padre.

Una sola vez lo intenté, inquiriendo, y sólo obtuve de mi madre un silencio angustiado que fue sin embargo una respuesta para mi percepción de niño sensible e intuitivo; sus ojos me miraron llenos de una conmiseración infinita y yo capté el mensaje que significaba: no debes preguntar. Ahora, al correr de los años, me admiro de mi resistencia de entonces a enfrentar las preguntas inevitables de todo niño que no lo ha conocido: ¿Y mi padre? ¿Ha muerto? ¿Me ha dejado? Jamás las formulé. Me bastó aquella muda respuesta de mi madre; la voz de tía Renata que se disimulaba en murmullo cuando yo alcanzaba a escuchar alguna frase escapada como: es muy parecido a "él", o la menos disimulada lástima de Eusebia cuando me acunaba, años atrás, diciéndome "pobrecito", sin que yo supiera claramente por qué me lo decía pero siempre intuyendo que debía seguir respirando ese hálito que envolvía a mi casa, a mi madre, a los que nos rodeaban, sin tratar de investigar, de violar el misterio, de profanar el secreto que todos se empeñaban en mantener con el celo de un rito; seguir buscando afuera, en Remigio o en la bendita isla de mi cuarto, la magia de mi infancia, de la que esos seres tristes me despojaban sin quererlo.

Pero estas vacaciones me trajeron la sorpresa desagradable de la ausencia definitiva de Remigio: su familia se había trasladado a la Capital. Sobrellevé estoicamente la noticia que equivalía a perder a mi único amigo y traté de entretenerme buscando mil maneras: tía Renata me aconsejaba que coleccionara estampillas y lo hice por complacerla pero la filatelia me aburría porque me recordaba demasiado la disciplina y el orden del internado. Mamá me permitía

ayudar a Tomás en el jardín siempre que "no le tirara la lengua" pues sabía que Tomás era supersticioso, narrador entusiasta de truculentas historias de aparecidos y fantasmas que en el fondo no me atraían mucho, pero sí me aterrorizaban bastante. Felisa me echaba de la cocina rezongando. Mamá y Eusebia no me dejaban recorrer la casa a mis anchas; dos de los cuartos estaban cerrados herméticamente y nunca pude saber que había en ellos; una vez vi entrar allí a Felisa con una bandeja, pero no le di importancia porque en esa época todavía estaba Remigio y yo estaría sin duda maquinando un nuevo juego para el escenario del arroyo. En realidad, me pasaba las horas ambulando afuera, solitario, hablando con Mac que no podía contarme pero parecía entenderme, y sólo entraba a la casa cuando me llamaban a comer o cuando mamá me mandaba a mi cuarto dos veces por día:

-Bichito, ya es hora de dormir. Ella nunca habrá sospechado que yo la sentía luego mirarme, creyéndome dormido, y oía también como cerraba mi habitación con llave. Yo suponía en aquel entonces que con ello quería impedir las escapadas al arroyo pues conocía vagamente mis relaciones a hurtadillas con Remigio, pero se olvidaba de la ventana, la bendita ventana que hizo posible mis siestas doradas.

Los pasos... Comencé a sentirlos realmente cuando se acabaron mis escapadas. Eran lentos, pausados; se oían invariablemente después de que mamá cerrara mi puerta. No eran livianos como los de ella ni sonoros como los de tía Renata. Tampoco hacían el ruido arrastrado de las zapatillas de Eusebia. Tomás jamás penetraba en la casa y Felisa usaba un zapato ortopédico que sonaba inconfundiblemente. No eran, pues, los pasos que yo conocía; eran pasos de hombre, fuertes, pesados. Comencé a esperarlos, a contar-

los, a seguirlos. Las siestas me envolvían otra vez con el halo de la expectativa, el gozo y el misterio; podía dar rienda suelta a mi pictórica imaginación de niño solitario, podía soñar que eran los pasos de mi padre que venían a mi encuentro, que acariciaban mi puerta como si fuera a mí mismo.

Los pasos se dirigían al final del corredor, se detenían, como si el que los guiaba estuviera contemplando el esplendor de las hortensias a través del ventanal o escuchando el concierto de chicharras en los árboles. Luego volvían lentamente, rozando de nuevo mi puerta, perdiéndose en el lado opuesto. Y así una y otra vez. Una noche se me ocurrió aguzar el oído antes de dormirme y los sentí por vez primera también a esa hora en que la luna se filtraba en mi cuarto con claridad lechosa. Nunca me infundieron miedo. Había algo en esos pasos que me comunicaban un mensaje vital, algo que yo necesitaba para poder dormirme. Jamás hablé de ellos con nadie, pertenecían a mi mundo de nueve años en que la fantasía despreciaba la realidad. Estaba convencido de que sólo yo los oía y de que eran los pasos viriles, siempre presentidos, del padre que amaba y al que había creado a fuerza de tanto desearlo.

Esas fueron mis últimas vacaciones en la quinta. Durante el invierno sucedieron muchas cosas: dos meses estuve pupilo en el colegio sin ver a mi madre ni a mi tía; cuando volví a casa me costó reconocerlas; estaban macilentas, tristes, y aún más apagadas. Mamá, me comunicó que estaba enferma y había decidido internarse en una casa de salud; su cuñada Renata cuidaría de mí y de la casa, ayudada por Eusebia. La quinta había sido vendida. Noté que ambas vestían de negro pero no pregunté el porqué ni me extrañó porque todo ello armonizaba con la única atmósfera que yo

respiraba a su lado. Cuando me dijeron lo de la quinta, me despedí mentalmente de los pasos queridos que no había podido reencontrar fuera de ella, ni aún en mis desoladas noches de pupilaje.

Sólo muchos años más tarde, cuando me hice hombre, me enteré de la verdad y de cómo yo había rozado sin saberlo esa verdad: En aquella casona de la quinta, un hombre había pasado recluso los últimos ocho años de su vida. Un hombre que fuera un abogado brillante antes de que su razón se extraviara por senderos insondables. Un demente. Aquel hombre, era mi padre.

### No le mojen las alitas

La tierra del camino se colaba y adhería como tiza al cuerpo, a pesar de que llevaba las ventanillas alzadas. El calor me abrasaba y me impelía a apretar temerariamente el acelerador para tratar de acortar distancias, y el azote de esa siesta en el campo correntino me estaba resultando un anticipo del averno, cuando un estallido vino a colmar mis desventuras. ¡Otra "panne"! y esta vez, agotados los elementos de reserva, sólo un abandono a la impotencia fue mi reacción inmediata. Pero el agobiante sol de enero me sacudió bien pronto de mi momentáneo desmayo y salí del automóvil dispuesto a procurarme auxilio.

Reverberaban los campos y el resplandor enceguecía. Caminé un trecho tratando de descubrir en esa desolación estática y brillante un vestigio de vida humana, pero sólo el agudo grito de los "pirinchos" hería de vez en cuando el silencio. Me saqué la camisa y la enarbolé sobre mi cabeza como un pendón de tregua. Agradecidos, mis ojos exploraron los alrededores bajo la frescura de la tela, y un ranchito se levantó ante ellos a lo lejos, como debe aparecérselo el oasis falaz al beduino.

No era, sin embargo, un espejismo, y bien pronto me hallé frente a su puerta, empujado por la premura de la sed

y casi sofocado ya por el bochorno. Golpeé con los nudillos sobre la madera pobre pintada de verde, y esperé anhelante. La puerta se abrió de golpe y me encontré frente a un hombre joven, enjuto, de barba crecida y muy oscura, que calzaba alpargatas, vestía bombacha de paisano y llevaba el torso cubierto por una raída camiseta. Me miró e hizo ademán de cerrar pero se arrepintió enseguida y dijo entonces:

-Güenas...

Le expliqué mis motivos y necesidades mientras dos chiquillos semidesnudos prendidos a sus bombachas me miraban curiosos, y la oscuridad del interior fresca y balsámica me atraía con fuerza. Adivinó sin duda el hombre mi intención, pues dijo:

-Si gusta, pase... pero acá hoy nos llegó la desgracia...

Entré sin comprender todavía, cegado por la luz del exterior y cuando pude distinguir vi dos sombras que se movían silenciosas, junto a un bulto pequeño, sospechosamente rígido sobre la mesa de tablas.

Se murió esta mañana, la "guainita",- explicó el padre, y me siguió contando las alternativas de una enfermedad que parecía centrarse alrededor de palabras claves como "empacho" y "daño".

Aliviado por el agua de pozo que al instante me ofreció el paisano, se me borraron de golpe mis adversidades en la ruta, para dar paso a un estupor creciente, al observar el inesperado ritual que ante mis ojos se cumplía: Dos mujeres, una vieja y la otra joven, diligentes y graves, hundaban el magro cuerpecito de la niña que no alcanzaba a un año, al parecer, en un vestido blanco, talar, que sólo dejaba

al descubierto las manos, la amoratada carita y unos lacios mechones de renegrido pelo.

Según supe más tarde, la mujer de edad, que era la "curandera" o "mano santa", completaba sus servicios en los casos frustrados como éste, con la preparación del "angelito" y todo lo necesario para el velorio.

La otra, colegí con sorpresa, era la propia madre de la criatura, cuyo aire impresionaba sin que se pudiera precisar por qué, ya que ni una lágrima denunciaba el dolor. Se traducían, sin embargo en sus gestos, en sus movimientos y en el patetismo de su mirada cuando seguía los sabios preparativos de las sarmentosas manos que colocaban a la espalda del envoltorio dos celestes, toscas, alitas de papel y un ramillete de flores silvestres entre las manitas yertas. El cadáver de la pequeñuela fue introducido luego en un cajoncito de pino burdamente forrado con tela celeste.

Yo, inesperado testigo de esta escena que se me antojaba tan irreal como insólita, no me atrevía a preguntar ni a romper el ceremonial silencio que la circundaba. Sólo cuando hubieron terminado, salimos al patio el hombre y yo. Me explicó que a media tarde pasaría la camioneta de un vecino rumbo al pueblo y él podría llevarme y traerme luego en busca de mi automóvil, con lo necesario para repararlo. Con suerte seguiría viaje antes de la noche.

Sucedió tal como lo anunciara, menos lo de mi partida, pues antes quise seguir el desarrollo del singular velorio. Pronto comenzaron a llegar los deudos y vecinos con guitarras y acordeones. Una pareja de aire más acaudalado que los demás, hacía las veces de anfitriona y era destinataria de las pullas y las exclamaciones:

-¡A bailar los padrinos! ¡Que empiece la música!

Circulaban por igual la caña y el vino, mientras un cantor desgranaba cuartetos alusivos al "angelito", entremezclados con la cadencia monótona del chamamé: "Adiós angelito, ya te vas / hasta tu destino / a rogar por padre y madre / y también por tu padrino". Y así transcurrían las horas en jolgorio ajeno al montoncito de huesos y carne sobre el que proyectaba fantásticas sombras la mísera luz de las velas.

Una persona sufría, sin embargo. Casi confundida en un rincón con la pared del rancho, la madre tenía los ojos secos clavados en el fantasmagórico cuadro. Me deslicé hasta ella y di rienda suelta a la preocupación que me devoraba:

-¿Por qué no llora? Se sentirá mejor.

Me miró espantada y me contestó:

-No se llora, señor, por un "angelito". Si se le mojan las alitas no puede volar al cielo.

Y se quedó callada, hecha un ovillo de superstición y pena, soportando en su interior la pugna harto pesada para alma tan simple.

No sé hasta hoy por qué me quedé hasta el filo de la medianoche acompañando a esa mujer en su dolor secreto, y cuando reemprendí el viaje a Buenos Aires, aún sonaba en mis oídos la monótona voz del cantor:

... "La madre de este "angelito" / deje ya de llorar / no le moje las alitas / para que pueda volar"...

## La obsesión

Comenzó a escribir versos en la palma de la mano izquierda, con letra infantil y desapareja; luego en trozos de papel que, convertidos en pelotitas apretadas, iban a parar a lo recóndito de sus bolsillos. Versos de niño, cristalinos, que hablaban ya de amor, pero de amor al nido, a la mañana, al pan caliente o a los grillos que no mataba para que le dieran suerte.

Mal dotado físicamente, débil y ligeramente contrahecho, faltaba a su figura la armonía y la gracia que en la infancia son dones naturales. Pero él crearía su propio mundo armónico con palabras que el viento susurraba en su oído en celoso secreto, en versos que los papeles arrugados guardaban como arcanos.

Cuando fue adolescente se acentuó el pudor de su naturaleza sensible y comenzó entonces a escribir de noche, furtivamente, como si temiera que las sombras pudieran arrancarle el nombre de mujer que lo inspiraba o las insatisfacciones de su alma que ahora se debatía entre los grandes interrogantes de la vida: el dolor, la injusticia, la muerte; temas para todos los poetas del mundo que, ante la impotencia de dilucidar estos enigmas se emborrachan de sueños y belleza.

Un día tuvo que trabajar, y la realidad opaca de una oficina donde transcurrían las horas con ritmo lento y monótono, lejos de absorberlo en su monotonía, duplicó la fuerza de su ingenio y avivó en él, el fuego creador que ya no habría de abandonarlo. Por primera vez pensó en triunfar con su literatura, en hacer partícipe a otros de esos versos que pugnaban por brotar sin control de su imaginación; que, alucinantes, le invadían cuando tamborileaba sobre la máquina de escribir una carta comercial, a la que reemplazaban rotundos, vencedores. Por primera vez pensó en verlos publicados, en saberlos leídos por otros ojos que no fueran los suyos y se extasió en la idea de que así podría transmitir los pensamientos que irrumpían en él avasallándolo. Fue más allá todavía; la tentación del éxito derribó sus bastiones de timidez y se imaginó un triunfador, un poeta de renombre, admirado y valorado, un intelectual capaz de crear belleza a través de la poesía, lejos, muy lejos, del deprimente prisma oficinesco que lo sofocaba.

Una tarde hizo acopio de valor y, animado de entusiasmo, con unas cuartillas firmadas por primera vez, se dirigió a la salida del empleo a la Dirección del periódico local. "El Interior" era en el pueblo el único vocero de prensa en el que se mezclaban la política y los escasos acontecimientos de sociedad con algunas pretenciosas notas culturales, débiles ecos de críticas que se hacían en los diarios de la capital.

Conocía por mentas a su director, Olegario Ayala, que había cimentado fama de poderoso no sólo por el hecho de ejercer las prerrogativas de "cabeza de ratón" en un ambiente chico donde su personal enfoque del periodismo se ejercía sin polémica ni competencia. Alguna vez había demostrado cierta sensibilidad hacia las letras transcribiendo

sonetos de los clásicos con que matizaba las exiguas páginas de los martes y los sábados.

Toda la euforia inicial había abandonado al poeta en ciernes, cuando, con inseguridad, planteó al director su propósito alargándole al mismo tiempo sus cuartillas. Les echó éste una ojeada mientras Hernán Mores barajaba mentalmente las posibles reacciones de aquel hombre convertido en ese momento en su juez: previó una negativa cordial o brusca, un pretexto, una disculpa. Previo también -por qué no- aceptación, complacencia, admiración. Pero lo que no imaginó siquiera fue la carcajada cruel que le espetó Ayala como una bofetada, ni la frase que ni siquiera estaba dirigida a él:

-¡Qué me dice, Alcántara, ahora estos mocitos chupatintas tienen veleidades de poeta!... y se alejó del brazo del Profesor Alcántara que en ese momento entraba a la Redacción. Hernán salió como disparado, tan avergonzado como si lo hubieran obligado a desnudarse en público. Vejado. Estafado en su ingenuidad y en su lirismo. Adonde ir? A quién contarle?... No tenía amigos. No imaginaba nada más grotesco que hablar de sus sueños rotos con los compañeros de la oficina o con la patrona de la pensión. La muchacha a quien quería era una rubita angelical de la que sólo sabía el nombre y a la que había idealizado como Dante a Beatriz. Hernán Mores se encontró solo con su fracaso y tras rumiarlo toda la noche, insomne, lo asumió pero se prometió vencerlo sin olvidar jamás la ofensa recibida.

A la tarde siguiente le sorprendió la visita del Profesor Alcántara, al que conocía desde los años de estudiante. Sentados en el patio de la pensión, conversaron en la penumbra hasta que se desdibujaron los contornos y sólo

quedaron visibles las puntas de fuego de los cigarrillos. Alcántara había intuido el efecto del rechazo en aquel espíritu sensible y venía a restañar la herida con su serena experiencia de hombre que ha vivido y sabe de desencantos y de luchas. Se encerraron más tarde en el cuartito bohemio donde habitaba Mores y allí el profesor fue desgranando uno a uno como cuentas los bisoños versos. Le habló sin ambages. Puntualizó, aconsejó. Hernán tenía vena pero no bastaba, era preciso trabajar firme, leer mucho, conocer a los grandes, desentrañar el sentido de su poético lenguaje y solazarse en la melodía de su acento. Alcántara le prestó libros y le enseñó mucho, pero hizo por él algo más importante aún: le dio confianza en su obra. Al mismo tiempo que sus lecturas lo transportaban hasta llegar a apasionarse con algunos autores, Mores comenzó a producir una poesía madura cuyo sello característico lo daría su estilo vigoroso y personal. Se fue a vivir a la Capital. Tenía una obsesión: superarse para espetar su éxito al pueblo que dejara. En su orgullo herido había personalizado en Ayala el rechazo de aquel medio anodino que habitó. El desprecio de aquel hombre se le anidó en el alma en un profundo hueco de rencor y se dejó dominar por un alienante deseo de triunfo. Cada palabra, cada verso, estaban concebidos para execrar la memoria de aquel momento ignominioso de la burla. Cuando la lucha se le hacía insostenible y la urbe hostil le exigía transitar el camino del materialismo, bastábale el recuerdo de aquella primera gran derrota para sacudir su espíritu. Participó en certámenes y obtuvo premios literarios. Comenzó a colaborar en un conocido diario donde las letras de su nombre rubricando una crítica o un poema eran el grito de victoria dirigido a un hombre odiado. Estaba seguro de que Ayala recibía ese mensaje oculto y le parecía

ver su rostro sorprendido, desdeñoso y admirado a la vez y aún creía oírlo repetir: -¡Quién diría!... ¡El chupatinta aquel!

Hernán Mores alcanzó rotundamente la fama. Estaba encaminado hacia ella desde que se lo propuso, y el éxito de sus libros, los viajes al exterior, las invitaciones de las universidades, los galardones, sólo fueron hitos previstos en su plan. Aún le faltaba la meta, la paradójica meta señalada: el reconocimiento de aquel oscuro pueblo perdido en la lejana provincia de la infancia. Y también eso llegó: lo invitaban a dar una conferencia y a recibir un homenaje. ¡Por fin! Treinta años de su vida en los que todo había sido sacrificado a la literatura, daban hoy su fruto. Hasta había renunciado al amor para no malograr su carrera, pero obtenía el premio codiciado. ¡Por fin!

Llegó en una fría mañana de invierno. Casi nada había cambiado, salvo las calles otrora de tierra que hoy ostentaban pavimento y unos cuantos negocios modernos agrupados en la arteria principal. Una insidiosa zozobra comenzó a bullir en su interior... ¿De dónde había emanado esa fuerza poderosa que lo impulsó a triunfar? El pueblo parecía inofensivo, ajeno a su pasión, claro y distinto de aquella masa hostil que poblaba su memoria. Lo recibió en la estación un grupo de profesores y otros intelectuales. No recordaba a nadie. Se dejó acompañar al hotel, limitándose a preguntar la hora y el lugar de la conferencia. Algo le urgía a saber, a indagar por el hombre que había espoleado su victoria. Pero quiso prolongar el placer de imaginar el encuentro, la obligada reverencia que el otro le tributaría, mezclada tal vez a restos del antiguo desdén. Pero él estaría preparado, no en vano había esperado treinta años el gran momento del desquite.

Salió a caminar; pasó por la oficina donde había trabajado, aquella donde concibiera sus primeros sueños de gloria; atravesó la plaza, buscó con los ojos la pensión donde Alcántara lo visitara aquella tarde, ya no estaba la antigua casa, en su lugar una florería le recordó que quería visitar el cementerio donde estaban los restos de sus padres, y hacia allí se dirigió.

Al llegar al camposanto y mientras se internaba en los angostos senderos, rememoró las escapadas que con otros colegiales hiciera tantas veces para recorrer la tumbas buscando nombres raros o exagerados epitafios y paseando como antaño la mirada sobre ellos, una lápida en la tierra hizo bailar de pronto ante sus ojos dos palabras increíbles, recordadas y repetidas en sus insomnios, en sus fracasos, en sus días de lucha y de infortunio, dos palabras que lo sostuvieron durante treinta años en una batalla tenaz para demostrar a un hombre su valía:

"Olegario Ayala" y más abajo "Falleció en la Paz del Señor el 6 de septiembre de 1946". Quedó como de piedra. Pero ya su mente febril retrocedía en el tiempo y se empeñaba en cálculos y fechas: él se había ido del pueblo en marzo de 1946. Ayala había muerto entonces, sólo seis meses después.

Y se quedó allí, de pie, aparentemente erguido pero en su interior doblado, vencido por esta nueva burla, la burla de una sombra a la que dedicó su vida.

## Las cartas

Hoy le dije a Julia que esto no puede continuar. No estamos en edad para devaneos románticos ni mucho menos para estrujarnos la imaginación buscando situaciones convincentes en medio de tanto engaño y humo. Vamos a terminar con las cartas. A Julia le da lástima Melania que sólo vive para esa hora al mes en que recibe el sobre blanco, tan frágil como ella, al que esconde en el seno como si fuera el hijo que no tuvo, mirándonos furtivamente fingiendo disimular esa dicha que le brota por los ojos, como pidiéndonos perdón porque ella espera aún y nosotras no tenemos ya nada que esperar.

-Las cartas de Rolando son tan necesarias para Melania como el almuerzo y la cena- me dijo Julia, con esa falta de originalidad para las metáforas que la caracteriza.- No podemos privarla de ellas. Se moriría.

Yo no comparto la ingenua conmisericordia que se apoderó de ambas cuando supimos que Rolando no regresaría y se nos ocurrió inventar lo de las cartas para no tener que soportar la mirada de animal herido con que Melania nos interrogaba. Él se había ido sin dar explicaciones. Me incliné a creer lo que Julia recogió en el pueblo entre frases inconclusas, veladas, misteriosas, pero llenas de la insidia con

que se suele acompañar el comentario de hechos poco claros. Se decía que había conocido en uno de sus viajes a una damisela que lo atrajo con artimañas de alcoba. Agregaban que era obvio que un hombre como él alegrara su madurez con aventuras más felices que la de estar sometido al yugo de una mujer enfermiza y a la presencia opresiva y áspera de otras dos, nosotras, sus cuñadas.

Nos indignó la huida, el abandono, pero yo sentí que un profundo alivio se instalaba en el fondo de mí misma. Y en el rostro de Julia, un sonrosado matiz de satisfacción delató lo inconfesable. Podíamos y debíamos permitirnos ser generosas. Melania volvía a pertenecemos, a depender de esa oscura y poderosa corriente que nos ligaba y que Rolando había interrumpido.

Empezamos a inventar las cartas como jugando a dioses. Manejábamos el destino de dos seres con sólo estimular la imaginación: Julia se ocupaba del aderezo sentimental; yo, más positiva siempre, agregaba los datos precisos que le dieran a la misiva visos de verdad; comenzamos por simular un desperfecto del barco en una isla de las Antillas; tuve que recurrir a la enciclopedia y al atlas cubierto de polvo que conservábamos entre los libros de primaria y tras discusiones con mi hermana que prefería Jamaica a la Martinica, nos decidimos por las Bahamas, islas coralinas que nos parecían atractivas.

En la profesión de Rolando, marino mercante, eran muy común las ausencias hasta de quince días; no obstante habían transcurrido muchos días más desde su partida, por lo que tuvimos que fraguar fechas y simular que la primera carta se había perdido, regresando a su lugar de origen y vuelto a emprender el viaje que la llevaría a nuestro hogar.

Melania, que todo ese lapso de silencio y ausencia no había salido del dormitorio pretextando un nuevo ataque de enfiema, abrió de par en par las ventanas tras recibir la carta y cometió la primera de una serie de imprevisibles actitudes que iban a llevar a arrepentimos del fraude: no nos dijo nada.

Julia y yo comentamos esa noche -era verano- tras las celosías cerradas desde donde atisbábamos la calle: -Es imposible que sospeche, está contenta como el día en que se casó.

Lo que no imaginamos nunca es que Melania hiciera de las cartas un alarde de superioridad, ya que sólo se refería a ellas con evasivas referencias como conservando un inviolable secreto que presuntamente en ellas se le confiaba, dejando entrever que Rolando había encontrado algo así como un filón de oro o que estaba realizando una misión de trascendencia internacional, qué sé yo, todo menos las situaciones que al principio inventábamos Julia y yo por diversión y que luego terminaron por ocasionarnos cáustico despecho.

¿Cómo no sentirlo si Melania volvía a superarnos, esta vez con elementos que nosotras mismas poníamos a su alcance y que ella sabía aprovechar con perversidad de seda, valiéndose de esa pseudofragilidad que siempre utilizó para que giráramos a su alrededor como satélites?

Llegamos a escribir catorce cartas, es decir, pasaron catorce meses desde que Rolando decidió desertar del núcleo familiar. Tras haber hecho anclar el barco, lo sumimos en una fiebre tropical que lo llevó al delirio durante días y días. (Nos extrañó que Melania no demostrase preocupación tras

recibir esa carta, creo que la tercera que escribimos. O simulaba? Pero, por qué lo hacía?).

El género epistolar nos dio al principio la euforia de la creación, del azuzar el ingenio, de vivir también nosotras situaciones exóticas, nuevas y que podíamos variar a nuestro antojo. Recurimos a otras enciclopedias y a libros de viaje del propio Rolando. Terminamos por adjudicarle un negocio fabuloso en Honduras, en la explotación de chicle y de bananas que comenzó durante su convalecencia y luego ya no pudo abandonar hasta cumplir el contrato, firmado con una compañía norteamericana.

Era tiempo de terminar con la parodia. Pero, cómo? La única salida sería darle el golpe de gracia, es decir, hacerlo perecer en un naufragio, en la travesía de regreso por ejemplo.

Ya no tememos por las reacciones ni las tristezas de Melania; ella ha traicionado dos veces el que creíamos inexpugnable universo fraternal. Es preciso volverla a la realidad de nuestro mundo vacío y monocorde, donde los hábitos y las manías llenan las horas solitarias. Y a la vez desquitamos un poco, reduciéndola también a ella a la desesperanza.

Julia se resiste aún pero en el fondo es la que más sufrió con todo esto, la conozco, hasta creo que tomó el abandono de Rolando como algo personal, como si fuera ella la defraudada enamorada y no Melania. Y hasta creo que se avino a escribir las cartas para mantener latente su recuerdo, lo digo por el énfasis en la literatura amatoria que desplegó todo este tiempo.

Hoy la convencí. Esta noche escribiremos la última carta, con otra caligrafía y otro estilo: "comunicamos a Ud. que lamentamos profundamente..." etc., etc.

Pero, quién llama a la puerta con perentoria y familiar firmeza? ¿A quién ha visto Melania desde la ventana de su cuarto que viene bajando las escaleras como poseída? Las tres nos dirigimos a la vez hacia la pesada hoja. Julia es, sin embargo la primera en llegar y hacer girar el picaporte de bronce: Allí, bajo el dintel, sonriendo, está Rolando, como si volviera de un paseo cotidiano. Saluda con la naturalidad condescendiente con que nos ha tratado siempre a nosotras, las cuñadas, y acompaña a su mujer escaleras arriba, con la complicidad a que no tuvimos nunca acceso.

Julia y yo, enfrentadas, somos estatuas de sal.

Tras la celosía

"Y al mirar hacia afuera  
los dos presos,  
barro vio el uno, pero  
el otro estrellas"

### La ventana

Miro por esta ventana enrejada, hora tras hora; día tras día; no sé para qué, si veo siempre la misma desolación, el mismo panorama cuadrado de tierra, ora barrosa, ora reseca y agrietada. Esta ventana es un agujero a la nada.

Entonces miro hacia adentro y me veo, transformado en esta fiera que odia el cubil que le impusieron, porque hasta las fieras nacieron para vivir en libertad. Es cierto sí, yo maté a un hombre. Me encontraron junto a su cuerpo sin vida mirándome las manos como escandalizado... asustado tal vez, pero no arrepentido. Sin embargo, lo comprendí más tarde, él terminó vencíendome, como siempre; condenándome a este infortunio sin espera, a este arrastrar de días y de noches sin final. Era mi socio, el hombre que me doblegaba a su arbitrio, por el que aprendí a mentir y a defraudar. Sentí que me liberaba al matarlo pero no pensé que esa liberación iba a acarrearme esta otra dependencia, esta opresión sin nombre. La llaman cárcel pero no basta la palabra. ¿Cómo se llama la limitación total, tener reducidos las manos, el cerebro, el aire para respirar? Tengo a mi lado a un pobre tipo, también obsesionado como yo, con la ventana. De noche la contempla como si tras ella viera luz y no

la oscuridad de siempre. Yo lo ignoro. También él debe expiar su culpa en esta celda amarga y no vale la pena sumar sus cuitas a las mías. Doy vueltas en el camastro frío, muerdo la almohada, aspiro el aire infecto que se cuele a esta hora más que nunca y quisiera llorar, pero ni eso.

.....

La dichosa ventana: mi hueco de luz. Por ella sé del mundo, por ella me evado todos los días de esta prisión cruel. Si hay sol, me basta para imaginarme en el campo, en aquel arroyito de "Lomas Altas", la estancia de mi padre donde pasé la adolescencia, y es como si tuviera otra vez veinte años y me quemara de nuevo la juventud como una brasa.

De noche, las estrellas se posan en la ventana. Son mías. Descubrí que hay cosas que no pueden quitarme en la cárcel, son las que invento: Soy dueño de estas estrellas como soy dueño de volver a "Lomas Altas" si lo deseo, a cualquier hora. Soy dueño de pensar, no hay grillos para eso. Soy dueño de recordar y también de perdonar, porque yo estoy aquí por un crimen que no cometí: mi única culpa fue mentir, mentirles a todos para salvarla a ella; y ahora recuerdo aquel momento como un hecho lejano, borroso, como el negativo de una fotografía antigua, cuya evocación no duele: el amante de mi mujer asesinado en mi propia casa y yo arrastrado en un remolino de sorpresa, traición y muerte.

Ya nada de eso importa, he aceptado el cautiverio de mi cuerpo desde que comprendí que mi pensamiento tiene alas y es dueño del tiempo y del espacio. Ahora estoy sumergido en un juego introspectivo, juego a mi propio descubrimiento. Es tan insospechado mi poder, tan amplia mi

libertad, que hasta me permite acercarme a Dios que es la Libertad misma. Y olvido por un momento al fantástico Dios de las ondas sonoras, el de la velocidad de la luz, el forjador de mares y montañas, el Dios gigantesco, inaccesible a la mente humana, y convivo en esta celda estrecha con el Dios de entrecasa, ése que sentimos íntimo y cercano, el Dios "de cada uno", el Dios amigo, el que, seguramente, me abrió esta ventana.

*"Se trata de sobrevivir a los crímenes que uno comete"*  
Nietzsche

## Identidades

Lo logré, acabo de realizar el crimen perfecto, mi propia desaparición: me maté a mí misma, y aún estoy aquí mirando mis supuestos despojos carbonizados junto a los que acabo de colocar mi bolso rojo, un llamativo sello de mi muerte, inusitado y frívolo testimonio de mi identidad, porque adentro de ese maletín sofisticado de cuero de cocodrilo, están los papeles de Vanesa Dupuy, yo. Es decir, la que era yo, porque ahora la cartera desteñida de esa pobre mujer irreconocible pende de mi hombro y aún no sé qué nuevo nombre será el mío para siempre. Huyo de ese pozo de terror en que las víctimas del accidente se debaten, yo estoy ilesa y sobre todo libre de mí misma, asustada como una recién nacida. Sí, acabo de morir y de nacer al mismo tiempo, curioso pensamiento.

Me aparto del micro gigantesco que parece una monstruosa oruga negra, con las ruedas hacia lo alto como en una pose obscena. Alrededor, la montaña exuberante; abajo, muy abajo, el Urubamba como una serpentina marrón inofensiva y más allá el recuerdo del pueblo fantasma que acabábamos de visitar antes del siniestro: Machu Picchu, vestigio de la antigua fortaleza de los Incas.

Alguien nos rescatará, seguramente; habrá que aguardar unas horas, aún hay tiempo de volverse atrás, de cambiar nuevamente las carteras, de olvidar la locura del instante,

ese instante único que llamamos "oportunidad" y tan pocas veces se nos da... Pero no, estoy decidida y me aferro a la cartera negra que es ahora mi única posesión sobre la tierra, la abro, contiene los vulgares objetos femeninos y un manoseado pasaporte, leo: *Elfreda Torres*, argentina, soltera, la edad coincide con la mía. *Elfreda*, soltera. Nunca of ese nombre, me gusta. Soltera, como quisiera ser yo. Sólo por unos segundos lamento la infausta suerte de esa turista que, como yo, buscaba conocer el Perú legendario; su destino era éste, me digo, y una risa loca me sube a los labios que me dicen: Pero no el tuyo, el tuyo acabas de moldearlo, y me siento Dios; un dios primitivo, chiquito, que no se atreve a enfrentar nuevamente la rutina de *Vanesa*, todo eso que rodea a *Vanesa* desde hace veinte años, desde que se casó: el desamor, la inferioridad, el tedio, la ausencia de la propia estima.

Hasta mi nombre insólito fue el patético intento de mi madre para hacerme distinta, como si un nombre pudiera cambiar la mediocridad, la chatura, el gris de un origen. Y luego el afán de trepar (¿fue trepar o reptar?) hacia un matrimonio conveniente, que en el pueblo me diera la seguridad de "un lugar" en la sociedad esquiva a la que pugnaba por ganar.

Cuando abordo el helicóptero que nos transportará a *Arequipa*, la audacia de mi decisión me abandona; siento que regreso al mundo y que pronto estaré en la *Argentina* y más tarde, inevitablemente, en el pueblo pulpo que me sofoca y me impide respirar, junto a un marido rico de interior tan pobre, tan árido, que me ha secado el corazón hasta el punto de ver a mis hijos sin amor.

Pero no. ¿Acaso no soy ahora *Elfreda Torres*? Alguien que va a ser alguien por sí misma, desde estudiar para terminar sin vergüenza el ciclo primario y luego el secundario sin tratar de disimular para que no se sepa, para que no se note.

¿Y el dinero? ¿Cómo será ganar el propio dinero sin tener que pasar por la humillación de someter las necesidades a la cambiante generosidad o a la avaricia de un hombre?

Tengo cincuenta años y no creo en la reencarnación. Tengo que vivir ahora esta otra vida que deseo sin ningún resabio de la anterior. La etapa de los viajes no me sirvió para evadirme, siempre estuvo aguardándome al regreso la gran casa, vacía y silenciosa, la rutina opaca y monocorde, la insatisfacción que roe sin tregua.

¡Basta! De un manotazo borro mi pasado. Ezeiza me ve llegar con ojos nuevos, mis papeles están en regla. ¿Se puede sustituir a otra persona? Con prudencia, se puede. Hay que dejarse tragar por la gran ciudad, buscar un trabajo, acostumbrarse a la nueva soledad. De golpe, la palabra es una garra fría y la duda insidiosa me pregunta: ¿Y si la soledad de *Elfreda Torres* es aún peor que la de *Vanesa Dupuy*?...

El pensamiento de la liberación barre el temor, con gesto decidido aguardo mi turno ante el empleado de Aduana y resbalo la vista por la fila de viajeros que me precede, hasta que mis ojos quedan prendidos, helados, a un bolso de codrilo rojo que una mujer desconocida esgrime como un desafío. En sueños alcanzo a oír la voz del empleado que le recibe sus papeles: *Vanesa Dupuy*, adelante. El siguiente.

## Cuando guiñen las luces

Diluviaba sobre los pinos; hasta el árbol de Navidad que anoche, iluminado ante mi ventana, me pareciera majestuoso, se confundía ahora con los otros, achaparrado bajo el aguacero. Los follajes que ayer se mostraban de intensos verdes alternando con brillos y sombras, hoy se uniformaban en un opacado gris. El parque entero sollozaba.

Desde nuestro cuarto del tercer piso lo contemplaba cuando, de pronto, vi una mancha clara, rosa, que se destacaba a lo lejos y vislumbré que era una figura femenina envuelta en un deshabillé ligero la que así se atrevía a desafiar la furia de las aguas. El tedio de varios días en que hice de acompañante a un amigo enfermo en aquel lujoso sanatorio de la sierra se vio por fin sacudido de un manotazo. La figura rosa me comunicaba un SOS sin que ella misma supiera que yo estaba presto a socorrerla. De ella emanaba una trágica actitud, que despertó mi fibra quijotesca. Me necesitaba; pues allá iría. Y tras echar una mirada a mi amigo dormido, me lancé a la aventura. La alcancé cuando llegaba a la verja del parque y en su expresión vi que no me había equivocado. Era tan joven que al principio la confundí con una niña, pero luego descubrí en ella las huellas del dolor que caracterizan al adulto. Forcejeamos un rato pero luego se dejó llevar dócilmente y accedió a que nos refugiáramos en la capilla en construcción que a la vera estaban levantando. Y allí, entre trozos de mampostería y ráfagas de lluvia que de tanto en tanto alcanzaban la intimi-

dad de la capilla, Sonia me contó su historia. Una historia de amor, como era de prever en un ser tan joven y tan bello. Estaba internada en el pabellón para enfermos psíquicos del que escapaba en un momento de total desajuste emocional. Traté de disuadirla empleando mis mejores dotes persuasivas, pues me precio de ser un cincuentón avanzado en la lid de la vida y me gusta de vez en cuando demostrar las virtudes de mi paternidad frustrada. Ya calmada, comenzó a hablarme de Raúl. Raúl era el centro de su existencia, el primo pobre del que querían separarla, el único ser que le brindó ternura en su infancia plena de lujo y vacía de afectos, el único que colmó su adolescencia con la esperanza del amor. Pero los padres que viajaban constantemente por el mundo quisieron arrancarla de ese capricho que consideraban peligroso, y con la separación desencadenaron su neurosis, su tristeza, esta melancolía de la ausencia que causó su reclusión en el sanatorio de la sierra. Aunque había días de resignación y paz, había otros como el de hoy, de desesperación, de impotencia y de un poderoso deseo de ponerle fin a todo.

Mi propia inactividad, la preocupación causada por la repentina gravedad de mi amigo, todos los momentos vividos en soledad, lejos del ruido de la ciudad y sus pasiones y, sobre todo, mi temperamento afecto a los ya rotundamente "demodés" asuntos románticos, sumados al encanto de esta rubiecita veintiañera que me confiaba el drama de su vida, me hicieron ceder sin condiciones a la nueva variante. Sonia sería mi amiga a la que brindaría mi paternal apoyo primero y luego, ya veríamos cómo, la solución a sus contrariedades.

Así en los días siguientes se inició una relación curiosa, inédita. Los testigos eran los pacientes y enfermeras que

también se paseaban entre los pinos como Sonia y yo, y que sin duda se preguntarían por los temas de nuestras pláticas. No podían adivinar que Raúl prevalecía sobre los demás y que ya su figura comenzaba a adquirir para mí los contornos de un héroe romanesco o la encarnación del ideal del amor. ¿No desvariaba Sonia? ... No, o al menos no lo parecía cuando nos internábamos en otros tópicos como el dolor y la injusticia a los que dejaba entrever que conocía muy bien, o cuando discurríamos sobre temas místicos, en estas vísperas de las Fiestas cristianas. Especulábamos con la inmortalidad del alma y con la vida después de la muerte hasta tal punto que yo mismo prefería volver a los terrenos más conocidos de Raúl, su enamorado. Algunas veces, Leandro, mi amigo, ya recuperado, participó de la compañía de Sonia y de algunas de sus confidencias y un día me sorprendió con esta frase: -La palidez de la Gautier sigue caracterizando al amor en pleno siglo XX.- Hacía alusión a la transparencia del cutis de Sonia, sin duda, y no sé por qué me dejó un resquemor y un íntimo rechazo.

Debíamos volver. Leandro estaba sano. Las últimas entrevistas con Sonia fueron de delirante derroche de imaginación: concebimos los planes más disparatados para vencer la resistencia de sus padres al primo repudiado; inventamos recursos dignos de Shakespeare; nos transportamos a los status más altos del ingenio humano pero tuvimos que conformarnos con el primer paso, mucho más realista y mucho menos brillante: yo sería el portador de una carta para Raúl.

Recuerdo a Sonia la noche de nuestra despedida, al pie del gigantesco árbol colmado de luces y de adornos de Navidad. No quiso estar allí mucho tiempo, parecía estremecerse a la más leve brisa y la vi desmejorada y abatida. Los

nervios hacen estragos -pensé- aún en el cuerpo más lozano, y otra vez rechacé el resquemor.

Al día siguiente esperábamos el ómnibus en el camino, Leandro y yo y la Jefa de enfermeras que bajaba al pueblo una vez por semana.

-Lo va a extrañar su amiguita- me dijo, tomándome de sorpresa.

-¿Se refiere a Sonia?- dije tontamente, sabiendo que era obvio.

-Siempre consigue hacer buenos amigos- continuó -Es su manera de olvidar su mal.

-¿Su mal?- balbuceé.

-Nunca lo menciona pero lo sabe. Tiene los días contados. Unos pulmones débiles y una enfermedad cruel.

No tuve valor para mirar a Leandro y subí al colectivo como un sonámbulo. Sólo mucho después, cuando el traqueteo entre los cerros parecía haberme anestesiado el impacto de la revelación, abrí la carta para Raúl y leí: "Raúl no existe. Estas líneas son para tí, mi buen Quijote, como te gusta que te llamen; realmente eres eso, un cruzado, un idealista. No me tengas lástima, no sientas pena por mí. Me gusta mentir historias de amor para olvidar otra historia que entraña una sentencia, y porque es preciso mantener la ilusión del amor aún en medio de la desesperanza. Pero no hablemos de eso. Voy a extrañarte mucho. Recuérdame cada vez que llueva sobre los pinos o cada vez que guiñen las luces de un árbol de Navidad. Tu amiga: Sonia."

## La estatua del ángel

Cada vez que oigo el grito triunfante de los teros se me encoge el corazón. Lo asocio de inmediato con mi infancia lejana y mis paseos a la estancia de una prima, casada con un fuerte hacendado de la zona. Aún siento el frescor del rocío colándose a través de las sandalias y veo la luminosidad de esas mañanas en que marchábamos rumbo al tajar, meta de la pandilla que yo encabezaba, apenas unos años mayor que los hijos de mi prima, temerosos del "dueño del sol" pero audaces al fin porque eran más fuertes el afán de aventura y la sensación de libertad que experimentábamos, oyendo el chillido de los teros sobre nuestras cabezas y mirando el espacio dilatado que nos circundaba. ¿Por qué se me encoge el corazón? Porque los recuerdos de infancia implican nostalgia y el sabor agríndice de lo bello perdido irremisiblemente, y, por sobre todo, porque aquellos días estuvieron ligados a un hecho terrible, que sólo después de muchos años pude desentrañar y comprender.

Había mucho de atrayente para mis ocho o nueve años en la casa de la estancia "Santa Clara"; por ejemplo la biblioteca con la colección completa de los cuentos de "Las mil y una noches" que devoraba literariamente bajo los árboles añosos del jardín del fondo donde me gustaba aislarme, alternando su lectura con la de las revistas "Intervalo" y

"El Toni", folletines inolvidables de personajes legendarios, aventureros o románticos.

Otra atracción eran las estatuas: ángeles en distintas posiciones que no me cansaba de contemplar en ese mismo jardín donde mi fantasía desbordaba. Los había de piedra y de mármol y su número era aumentado cada tanto por el cuñado de mi prima, un artista que dibujaba, pintaba y coleccionaba ángeles.

Uno muy estilizado, desnudo, de pie, llevaba el cuerno de la abundancia; otros dos, sentados, simulaban tocar el clarín y la trompeta en poses airosas, como anunciando una buena nueva celestial. En un enmarañado rincón del jardín, tal vez el más sombrío, se destacaban dos pequeños seres alados sosteniendo una gran vela en el centro; este grupo escultórico llevaba al pie la siguiente inscripción de Confucio: "Más vale encender una vela que maldecir en la oscuridad". En otro lugar más abierto, la estatua de Gabriel arrodillado sobresalía entre todas, por su tamaño, por la nobleza del mármol y por su actitud de adoración con los brazos en alto y la cabeza hacia atrás. Había algo en esta estatua que me hacía preferirla a las demás; lejos estaba yo de imaginar que sería la muda protagonista de aquel hecho en que yo fui también muda testigo.

Las cosas ocurrieron así, para mi óptica de niña desprevenida e inocente: yo había reñido con mis primos pequeños esa tarde en que decidí marchar hacia el jardín para imponerles el castigo de mi ausencia. Me escondí entre arbustos perfumados con una de mis revistas favoritas en la mano, cuando me llamó poderosamente la atención, la aparición furtiva de Ludmila en mi reducido campo visual. Ludmila, la novia porteña de Lucas, el artista, que pasaba

con él sus vacaciones en la estancia. Con sorpresa la vi arrodillarse a la par del Arcángel Gabriel y trabajar afanosamente con las manos como si buscara algo. Se fue enseguida con expresión culpable y mirando alternativamente a una y otra parte. Me moría de curiosidad pero no tuve tiempo de dilucidar el misterio: otros pasos se oyeron junto a la estatua y volvió a repetirse la escena; esta vez era Lucas el que se arrodillaba y buscaba con frenesí. Qué divertido-pensé -debe ser un juego que ellos inventaron. Cuando Lucas se fue y yo me disponía a acercarme, un tercer personaje irrumpió proveniente de la tranquera del fondo: era Tonio, un peoncito joven que de criollo sólo tenía la indumentaria porque más parecía un efebo griego con sus rubios cabellos enulados y su aire delicado, herencia seguramente de padre gringo desconocido. Tonio cavaba con las manos afanosamente como minutos antes lo hicieran Ludmila y Lucas. Luego se fue con el mismo aire culpable y movimientos felinos. Me acerqué por fin a la estatua y hurgué a mi vez bajo la rodilla de Gabriel apoyada en el suelo. Decepcionada, encontré una cajita metálica oscura, semioxidada, no se abría fácilmente. Decidí dejarla en el lugar para recogerla más tarde, cuando las sombras de la noche me resguardaran de la curiosidad de mis primos. Luego la olvidé, la olvidé mucho tiempo, durante años, porque esa noche ocurrieron cosas en la estancia. Hubo la cara oscurecida del marido de mi prima, hubo nerviosas explicaciones de ésta al encerrarnos a los niños en una habitación, hubo la partida intempestiva de Lucas y Ludmila a los que despedimos tristemente desde la ventana; hubo luces prendidas toda la noche e idas y venidas del capataz y de unos hombres desconocidos. Cuchicheos a puertas cerradas, tensión. Al día siguiente fuimos todos al pueblo y se terminaron las vacaciones; a una de las chinitas de la cocina se le

escapó que el Tonio se había ahogado en el arroyo. Los teros chillaban aquella mañana que nos despedimos de "Santa Clara", todavía adormilados por el insomnio de la noche anterior.

Crecí; me fui a estudiar letras a la Capital. De vez en cuando tenía noticias de aquellos familiares a los que frecuenté de niña. Habían vendido la estancia; los hijos tomaron caminos distintos. Mi afición a las artes me puso un día frente a Lucas, en una exposición de pintura; era ya un hombre maduro, por supuesto, pero lo reconocí enseguida y él a mí, a pesar del tiempo transcurrido. Al preguntarle por Ludmila hizo un gesto vago; supuse que no se habían casado y no insistí, pero algo en su mirada fue el primer indicio que me llevó a la retrospectiva y más tarde a retroceder a mis nueve años, a mis sensaciones de entonces, a aquel verano de campo y sobre todo, a aquella tarde, la última de la estancia. Ese encuentro con Lucas me hizo recordar de golpe la estatua, la cajita, los visitantes furtivos y por primera vez los asocié a los acontecimientos extraños de esa noche, la misteriosa partida, el comentario de la muerte de Tonio. Sumé dos más dos y una terrible certeza comenzó a rondarme, pero no podía aceptarla sin antes saber más de aquellas personas de las que recordaba poco y a las que conocía menos.

Mi oficio de escritora fue el acicate para desentrañar el misterio; decidí trazarme un plan de acción y lo primero que hice fue buscar en la guía telefónica la dirección de Ludmila Fenton cuyo apellido conocía porque alguna vez actuó también ella en los círculos artísticos. La mujer que me recibió distaba mucho de ser aquella adolescente-junco a la que admiré de niña. Con el pretexto de hacer una nota sobre los pintores de la escuela que ella seguía, mantuvimos

una charla formal hasta que desvié el tema hacia aquel verano de nuestro encuentro en un campo de provincia. Le describí con fruición mis escapadas al jardín para observar sus reacciones; era notable, pero a medida que yo describía las estatuas una por una, sus facciones abotagadas (tal vez por el alcohol) se iban poniendo cenicientas. Cuando hablé de Gabriel se levantó bruscamente y pretextó algo, dando por terminada la entrevista. Con su actitud comenzó para mí la obsesión de saber la verdad, me parecía que la única prueba podía aún hallarse escondida en el interior de una cajita metálica, oscura, pequeña, oxidada, bajo la rodilla del ángel de mármol. La idea me poseía cada vez más perentoria y, como señalada por la justicia, me creía yo destinada a ejercerla.

Tomé un colectivo y volví a C..... el pueblo donde nací; de allí me trasladé a la estancia que ahora pertenecía a un viejo amigo de mi padre. No fue difícil recorrerla invocando mis recuerdos de inolvidables estadías y así me dirigí con el corazón martillando al jardín y a la estatua que encerraba el secreto: en su hueco original, cubierta de una capa de musgo, la pequeña caja soportaba el paso del tiempo. ¿Y si estaba vacía?... La abrí temblando. En el fondo, un papel amarillento doblado repetidas veces rezaba un mensaje: "allí estaré, corasón". No sé si me chocó más la comprobación de que mis sospechas eran fundadas o la falta de ortografía que descubría al autor de la frase, tanto como una firma.

Volví a Buenos Aires con la prueba; la blandí ante Lucas con una furia irracional y sólo recibí su risa desdeñosa y la frialdad de sus palabras: "esto no es nada, entendés, nada".

La blandí ante una Ludmila demudada que oyó hasta el final mi reconstrucción del hecho: ella y el peoncito mantenían relaciones a espaldas de Lucas y se intercambiaban mensajes en la cajita de metal. Lucas lo adivinó todo y leyó aquella tarde fatídica la cita en el arroyo pero dejó en su lugar el papel para descubrirlos infraganti. Tonio, tras leer la misiva de Ludmila, colocó la respuesta que tenía yo en la mano en este momento "allí estaré, corasón", respuesta que ella no fue a buscar, tal vez por falta de oportunidad. Lo demás era fácil de adivinar: Lucas ahogó al peón en el arroyo, loco de celos y tal vez antes de la llegada de Ludmila. ¿O había sido en su presencia?.

Ella guardó silencio; un silencio que acataba, un silencio como resignado; hasta que me mostró la puerta con un ademán, y yo me fui, con el papel y la impotencia.

### La pasajera extravagante

Suelo ser un buen observador en los trenes. Será porque detesto ese tiempo muerto que debo permanecer sujeto a la impotencia de dejarme llevar. No me gusta el olor de los trenes, ni la pérdida de intimidad que a los otros parece no importar, cuando empiezan a desarticularse como muñecos entre cabeceos y búsqueda de posiciones inverosímiles. Eso, cuando no ostentan la muy necesaria vulgaridad de desempaquetar recónditos víveres que brotan de abultados bolsos, en profusión de papeles y de aromas.

Les reconozco, sin embargo una atracción a los trenes: El incesante desfile humano que va y viene por los pasillos, hombres y mujeres despojados de simulación, con la misma liberación de prejuicios que se observa en la gente por la calle o en las multitudes. Aquí no hay por qué componer una pose o disfrazar un gesto. Suben con la avidez de una buena ubicación, duermen con la boca abierta, comen con manos grasientas. Sin inhibiciones. Están en el tren. Es como en la playa.

Decía que soy un buen observador y esa mañana tenía un extraño blanco de atracción. Una mujer arlequinesca, pensé cuando la vi. El adjetivo se lo imponía el traje que la cubría casi totalmente, ajeno a moda o actualidad. Era un

traje sin tiempo, hecho con lo que parecían ser pañuelos de colores en rombos desiguales, que colgaban hasta sus tobillos, tobillos abultados y ocultos tras inusitadas medias. La cabeza iba envuelta en uno de los pañuelos que alcanzaba a taparle gran parte del rostro. Deduje que el polvo y el viento le molestaban pues bajó inmediatamente la ventanilla y se cubrió la nariz. Quedaban al descubierto sus ojos hundidos en cuencas profundas, muy poco para mi ya irrefrenable curiosidad. ¿Una gitana? Carecía del desenfado de éstas, y por lo general, las descendientes de los zingáros gustan de la ostentación y del ruido. El Arlequín femenino, en cambio permanecía acurrucado en su rincón, empujándose ante mis inquisidoras miradas. ¿Irá a un baile de disfraz? Deseché la idea porque la hora y el lugar la hacían descabellada, sólo el ridículo traje la justificaba.

A pesar de su timidez, la estafalaria pasajera abandonaba a menudo su lugar y nuestro compartimiento, en sucesivas desapariciones y reapariciones. Al principio no las tuve en cuenta, me limité a captarlas; pero luego me entretuve en un interesante juego de control: su salidas coincidían con los interminables minutos en las estaciones. Sin embargo, no bajaba, porque mis ojos avizores estaban seguros de ello. Sólo retornaba a su lugar una vez que el guarda pasaba anunciando la próxima parada. ¿No tendría pasaje? Era un bueno motivo, pero algo me decía que no era el único.

En uno de sus regresos se encontró con que una caterva de chiquillos ocupaba asientos adyacentes al suyo. Se mantuvo sentada y lejana, casi aplastada contra el respaldo, tratando de ocultarse con su actitud. Pero la curiosidad de los pequeños superó a la mía y bien pronto comprobé que todas las miradas infantiles convergían en ella, sin disimulo,

con el desparpajo propio de la inocencia que puede llegar a ser cruel.

Eran muchos niños, seguramente de una colonia de vacaciones. En poco tiempo, el grupo que rodeaba a la víctima se fue ampliando, comenzaron a hacerle preguntas, a provocar pullas, a rozarla y hasta tocarla, en afán de dilucidar el misterio. Querían seguramente, como yo -lo confieso- atisbar algo de esa mujer cubierta, un pedazo de brazo, un dedo bajo los guantes, el color de los cabellos, oírle la voz. Pero nada. Sólo veíamos los ojos al fondo de las cuencas y adivinábamos el terror que, sin duda, estaba crispando sus facciones. Me disponía yo a intervenir cuando se levantó bruscamente y huyó por el pasillo con rapidez.

Su partida me dejó la sensación de una historia inconclusa, el desagrado de lo incomprendible, el escozor de la curiosidad atenaceada e insatisfecha. Me propuse buscar en los diarios el indicio que me revelara la identidad de tan extraordinaria pasajera, a quien debía que el viaje no me hubiera arrojado el saldo del tedio habitual. Y fue al día siguiente, ya instalado en mi hotel, cuando mis ojos recorrieron ávidos las columnas de los hechos policiales en busca de su descripción. Estaba seguro de que figuraría en algún robo, tal vez en la evasión de un hospicio o de una cárcel. Mi instinto detectivesco fracasó. Tras la lectura minuciosa de todos los hechos delictivos ocurridos en la ciudad y alrededores, tuve que reconocer lo infructuoso de la búsqueda. Hasta que resignadamente abrí la revista que venía junto al diario y me encontré -¡oh impacto!- con la foto en colores de la mujer arlequinesca abarcando media página y con amplia información al pie: "Regreso. Como es de público conocimiento, la pintoresca isla El Cerrito ha sido transformada en un moderno complejo turístico que atrae a nume-

rosos veraneantes. Sin embargo, ejerce también su atracción sobre Juana Limanes (foto) que regresó en el día de ayer, tras una breve ausencia, al lugar donde transcurriera casi toda su vida, el antiguo leprosario de la isla, solicitando a las autoridades que la dejen habitar allí junto a otros ex-enfermos que regresaron como ella, al no poder adaptarse a la sociedad extraña a la que se vieron reintegrados."

Me quedé pensando. Reviví en la memoria todas mis conjeturas con respecto a la pasajera extravagante y finalmente, me convencí del aforismo aquel: "La realidad supera siempre a la imaginación".

## El mensaje

Donato Sastre sostuvo entre sus manos morenas la palomita gris, mientras farfullaba palabras que sólo él entendía: "el muy inconsciente, desistir ahora; justo ahora, cuando ya no es posible retroceder".

Tomó su lápiz y un papel y pensó en el texto del mensaje; debía ser breve y conminatorio, a la vez que inocente y sencillo para no despertar sospechas en caso de que fuera confiscado por manos extrañas.

Mientras lo escribía, retrocedía con el pensamiento a un año atrás, cuando comenzó su vinculación con el Club de Colombófilos, una afición que desde entonces le resultaba la cortina de humo ideal para su verdadera actividad: el contrabando de whisky. No había nada más natural que enviar semanalmente, entre otras, a una ingenua palomita mensajera, que llevaba a su cómplice los datos precisos anunciando que "el bebé" llegaría a destino. Habían convenido algunas palabras claves como ésa, para designar el contrabando. Y así, de una orilla a la opuesta, surcando con precisión el cielo fronterizo, iban los mensajes para el Pibe Maldonado, que habitaba una caseta en las inmediaciones del río.

Donato sonrió mientras acariciaba la paloma, felicitándose interiormente por su astucia; él no corría riesgos, sólo actuaba de enlace, pero era el cerebro de la organización y el que cobraba los mayores dividendos. El tercero, el dueño de un bote aparentemente inofensivo, transportaba "el bebé" (generalmente veinte o treinta botellas del mejor scotch) a la hora que él indicaba como libre de riesgo mediante sus vinculaciones con la Aduana y su fachada de hombre probo.

Y ahora el Pibe pretendía desertar. Justo hoy, cuando ya estaba en marcha la semanal operación, que llevaría, para colmo, una sobrecarga adicional de buen cognac legítimo. "Tendré que cumplir, al menos una vez más", masculló, mientras ataba el fino cordel a la pata del animalito; y como siempre, sus camaradas del Club de Colombófilos lo vieron soltar con gesto simbólico y ampuloso la pseudo amistosa paloma, que se perdió allende el río, en el cerúleo azul del firmamento.

.....

La muchacha miró por la ventana las barcazas que cruzaban lentamente las aguas marrones. Todo parecía igual a los días anteriores y, sin embargo, en su interior se estaba desencadenando una decisión trágica, irremediable.

Había llegado al límite de su espera y en medio de su ignorancia y su falta de experiencia, la ausencia prolongada del hombre que la había engañado y un ancestral instinto femenino, le decían que ya no volvería. Hacía dos meses que había partido con las promesas de siempre y sin darle, esta vez, los pocos pesos que de vez en cuando le dejaba. ¿Qué haría? Ese hombre maduro, autoritario y bestial había reemplazado al padre débil que le dio una infancia sin madre

y sin escuela. De ambos había dependido como una planta frágil, sin voluntad propia, sin más horizonte que el río y su paisaje y la vida miserable de los ribereños. El miedo la había ido poseyendo poco a poco en los últimos días, un miedo sordo que provenía de oscuras ignorancias, de desconocidas sensaciones, de presentimientos e intuiciones. El miedo le venía de adentro porque era en su interior que notaba el cambio, algo que se estaba produciendo en ella y que le causaba este desasosiego, este temor que hoy pretendía ahogar. Estaba sola. Se sentía un objeto abandonado. Sola y sin fuerzas para afrontar los días que vendrían, en que esa duda que hoy la atenaceaba podría ser una realidad insostenible para ella.

Miró en derredor sus pobres cosas. Salió afuera. La casilla de al lado estaba cerrada, los Maldonado habrían salido. Los otros vecinos no estaban a la vista. Se decidió sin más porque ya era insoportable ese deseo de olvidar, de liberarse, de dejar de sufrir. Su cuerpo adolescente iba entrando en el río cuando la paloma gris se le posó en el hombro. Abrió los ojos y se encontró con el mensaje destacándose níveo sobre su piel oscura. Leyó deletreando, ganada ya por la superstición de su alma simple: "Espera. El bebé ya está en camino. Debes recibirlo. D."

Y algo muy hondo le arrancó un sollozo, un grito que ahuyentó a la paloma y la obligó a remontarse como si se reintegrara al cielo.

-Me escribió Dios- dijo la desventurada, y entre risas y llanto, salió del río.